Secretum Templi



JULIÁN AYMERICH

SECRETUM TEMPLI

Comienza la última Cruzada

Julián Aymerich

Secretum Templi es una obra registrada en la Propiedad Intelectual (texto y portada). Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su distribución por cualquier medio. No se permite la incorporación de este texto a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

SECRETUM TEMPLI

Así desaparecieron los caballeros del Temple con su Secreto, en cuya sombra palpitaba una bella esperanza de la ciudad terrena. Pero la abstracción a la que estaba ligada su empresa seguía viviendo, inaccesible, en regiones ignotas... y más de una vez, en el curso del tiempo, dejó caer su inspiración en los espíritus capaces de acogerla

Victor Émile-Michelet

El Secreto de la Caballería

JULIÁN AYMERICH

Escritor y Periodista de Investigación y de gran proyección internacional. Ha publicado novelas y ensayos de muy diversa temática. Dotado con un estilo absorbente y cargado de matices. Las obras de Julián Aymerich destacan por el rigor de su contenido y la magnífica labor de documentación previa que desarrolla para cada uno de sus libros.

SECRETUM TEMPLI es una novela premonitoria, ya que fue culminada por el autor unos meses antes de que se produjera el atentado terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York, y nadie podía conocer la tragedia.

En el Archivo Nacional de Francia se guarda un anillo de hierro encontrado entre las cenizas de las piras donde murieron quemados vivos los últimos dignatarios de la Orden del Temple, Jacobo de Molay y Godofredo de Charnay. El anillo muestra una extraña figura antropomorfa central, rodeada por las palabras *Secretum Templi*. Siete siglos después, nadie ha podido determinar todavía qué significado encierra.

INTRODUCCIÓN

Creo recordar que fue en 1997 cuando encontré navegando por Internet, en un Blog de información general, el extraño escrito que voy a reproducir. Por entonces yo me encontraba inmerso en el estudio sobre algunos aspectos del mítico Baphomet y había llegado a un punto muerto sobre ese presunto secreto de los Templarios. Pero curiosamente, al introducir la palabra Baphomet en el buscador, entre las muchas citas que me mostraba la pantalla encontré un texto, donde sin más reseña ofrecía la inquietante narración que aquí se muestra, firmada por un tal Adrián Arderius, que no dejaba más datos para identificarle, ni tampoco seña alguna donde localizarlo. Intenté hacerlo en la dirección electrónica del Blog, claro, pero recibí un mensaje automático en donde se me informaba que había dejado de publicarse.

Confieso que al principio leí el escrito de Adrián con escepticismo, pues como se sabe, en Internet puede uno encontrar de todo, y entre ello muchas veces verdadera basura. Pero fue al comprobar y verificar una serie de datos del texto, unidos a sendas *casualidades* en las que se produjeron esas confirmaciones, lo que paulatinamente me llevó a pensar que aquella especie de diario en Internet bien pudiera ser verídico, o cuando menos basado en hechos que quizá ocurrieron realmente, y que el autor ocultó deliberadamente en la Red por miedo a las consecuencias que podría acarrear la difusión de lo allí contenido.

El término *Secretum Templi* lo vi escrito por primera vez impreso en unas camisetas que le compré a una vendedora callejera en Ibiza. Luego, una nueva *casualidad* hizo posible que encontrara más detalles: dos años después, en Barcelona, una tarde en que acompañaba a una amiga de

regreso a casa, ella me había indicado que en la librería de viejo que se encontraba debajo de su portal, en la esquina, podría encontrar libros antiguos que quizá me sirvieran para documentarme sobre mis temas. Acepté amablemente el consejo, pero luego lo olvidé, ya que a mí no me gusta documentarme con libros, sino con fuentes reales y lo más directas posible, y sólo un día en que pasaba de nuevo por allí, me atrajo la atención un libro que había en el escaparate, y que se titulaba *Ars metrica de ratione metrorum*, escrito por Fulgencio de Hilarión en 1886, impreso en Talleres Gráficos de la Santa Cruz, de Madrid.

El libro indicaba como hipótesis que se denominaba *Secretum Templi* al sistema o ruta de navegación que poseía la Orden del Temple en el siglo XIV para arribar a las costas del continente que hoy llamamos América. Esta obra, llena de complejas explicaciones sobre el antimeridiano, los eclipses, la loxodrómica, la Fuerza de Coriolis y otras cosmografías, citaba a otro opúsculo de origen francés, *Monuments historiques relatifs a la condamnation des chevaliers du Temple*, donde se indicaba presuntamente que un templario llamado Jean de Chalon, uno de los 70 caballeros que fueron interrogados por el Papa Clemente V, declaró que la víspera del arresto de sus hermanos pudo ver cómo tres carros tirados por caballos salían de noche y a toda prisa del recinto de El Temple en París, y que él cree que transportaban el tesoro de la Orden. Dicha declaración estaría guardada en el Archivo Secreto del Vaticano con el nombre de *Register Aven,* Obeliscum *número 48. Benedicti XII, tomo I, folio 448-451*. Según se explica en el libro, cuando Napoleón Bonaparte ocupó Roma buscó y robó ese documento (no hay que olvidar al respecto que Napoleón era miembro de varias logias masónicas), pero tuvo de devolverlo después en virtud del Concordato establecido con la Santa Sede.

Aunque todo esto me pareció una locura, una extravagancia de esos escritores místicos y esotéricos, y no pensaba darle mucho crédito, mi opinión cambió cuando encontré más tarde una versión contemporánea sobre la pre-

sencia templaria en América en *La Ruta T y D*, un estudio histórico de José Antonio Hurtado García, admitido como tesis por la Universidad de La Laguna (Tenerife), y editado por el Gobierno de Canarias.

Por mi parte, yo ya conocía la obra de Frank Tipler, profesor de Física Matemática en la Universidad de Tulane (Nueva Orleans), quien a mediados de los años ochenta había revolucionado el serio y conservador mundillo científico, y hasta el religioso, con su obra escrita junto a John D. Barrow, *The Anthropic Cosmological Principle*, y luego otro, escrito por él mismo: *La física de la inmortalidad*. Ambos libros me llamaron la atención porque en ellos se hablaba del fin del mundo en un paralelismo comparable a los escritos del jesuita Teilhard de Chardin, polémico paleontólogo darwinista cristiano, que había vaticinado la llegada del "Cristo Cósmico", término no falto de actualidad, pues algo semejante se proponía en la película *2001, una odisea en el espacio*, que yo vi (confieso que sin entender) en mi infancia. Recuérdese que en aquel film, como ahora opina Tipler, un súperordenador extraordinariamente potente (llamado HAL 9000) toma el mando sobre los humanos que lo han creado. Al final de la película aparece un curioso plano donde se ve al llamado "Niño de las Estrellas" regresando a la Tierra a través del espacio. ¿Simboliza esto una metáfora sobre los Argonautas?, ¿alude a la llegada del *Cristo Cósmico* tal como lo definía Teilhard de Chardin? Me preguntaba si el jesuita y Tipler, incluso esa rara película de ciencia ficción, acaso no estarían vaticinando sin proponérselo una nueva forma de Gnosis cosmológica.

Y así parecía insinuarlo este extraño escrito hallado en el Blog que me he decidido a dar a conocer. En su transcripción no he cambiado prácticamente nada, tan sólo lo he pasado a tercera persona (me ha parecido conveniente para darle un tono más independiente, puesto que yo no soy su autor). Por otro lado, incluso he conservado (aunque traducidas a continuación) las numerosas frases en latín que contiene, porque quizá esto pudiera ser una clave oculta.

Lo digo porque en ese sentido se nota que Adrián (el autor incógnito, que no anónimo) ha leído *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, y en algunos casos su narración coincide también con lo expuesto en esa otra novela del mismo escritor tan compleja como poco comprendida que se titula *La isla del día de antes*, lo que no sería nada reprensible, puesto que el propio Eco señala que "los libros siempre hablan de otros libros y cada historia cuenta una historia que ya se ha contado".

Por otro lado, creo adivinar en el texto esa forma de describir a sus personajes que poseía como distintivo Thomas Mann; de hecho el propio Adrián, en sus frecuentes dudas existenciales, ofrece un paralelismo con Adrián Leverkühn, el tortuoso protagonista de *Doktor Faustus*. Y también creo haber identificado una similar discusión de fondo sobre el jesuitismo y la masonería que figura en *La Montaña mágica*, la obra cumbre de Mann.

Parecen estas líneas, pues, un enorme homenaje a diversos autores y obras que rondan disparmente un mismo tema: la eterna búsqueda de Dios; homenaje tan grande que incluso, de no ser por la originalidad de la historia contada, podría pensarse que se trata de uno de esos Blogs mezcla de diversos temas y autores que tanto se dan en la Red, tan proclive a la intertextualidad y a la hipertextualidad.

De hecho, no me parecería extraño que Adrián Arderius haya leído también la obra de Umberto Eco titulada *Come si scrive un romanzo*, donde el semiólogo indica que para escribir un texto narrativo "introduciría en el ordenador cerca de un centenar de novelas, otro centenar de textos científicos, la Biblia, el Corán, unas pocas agendas telefónicas (muy buenas para los nombres). Alrededor de cien o ciento veinte mil páginas. Entonces usaría un programa que los mezclara todos de forma simple y aleatoria, e hiciera unos pocos cambios –como quitar todas las Aes. De esta manera tendría una novela y a la vez un lipograma. El siguiente paso sería imprimirlo todo y leerlo cuidadosamente unas cuantas veces, subrayando los pasajes importantes.

Entonces lo cargaría todo en un camión y lo llevaría al incinerador más próximo. Mientras estuviera ardiendo me sentaría debajo de un árbol con un lápiz y una hoja de papel y dejaría que mis pensamientos vagaran hasta que se me ocurriesen un par de líneas, por ejemplo: *La luna estaba en lo alto del cielo — el bosque susurra*. Al principio, claro, no sería tanto una novela como un haiku. Pero eso no importa. Lo verdaderamente importante es construir un comienzo".

¿Quién pude asegurar que el incógnito autor no ha hecho precisamente eso? Pero a pesar de lo dicho, si algo se hace evidente al leer lo que viene a continuación, es que se trata de una historia de amor. Me parece que el autor, llámese o no Adrián, ha tratado de realizar una especie de testamento sentimental, una proclamación de su amor hacia la joven Natalia (sea éste o no su verdadero nombre), como un mensaje cifrado dirigido exclusivamente a ella, como si le estuviera recordando desde alguna parte que él sigue ahí, amándola siempre, pase lo que pase, como quizá le juró…

Creo, en resumen, que esta especie de diario en Internet es más cierto y verosímil que un mero reportaje, por mucho que el final nos asombra por su teórica imposibilidad y al mismo tiempo premonotoria. Pero llegados a ese punto, ¿qué importa ya la teórica? Lo verdaderamente importante es construir un comienzo.

PRÓLOGO

El mundo entero cambió para siempre a las 8´45 de la mañana del martes día 11 de septiembre, cuando un *Boeing* 747 cargado con 30.000 litros de queroseno altamente inflamable colisionaba contra el *World Trade Center* de Nueva York (conocido como las *Torres Gemelas*) volando a 600 kilómetros por hora y con más de 90 pasajeros a bordo. Tras el choque de un segundo avión, el simbólico rascacielos (considerado como el edificio más alto de la Tierra) se desplomaba envuelto entre una nube de humo, ceniza y llamaradas.

Todos conocen el saldo de la tragedia: casi 3.000 víctimas originarias de 115 nacionalidades diferentes, fallecidas en el peor ataque terrorista de la historia. Pero nadie sabe que aquella catástrofe comenzó a fraguarse mucho tiempo atrás, en el siglo XV, cuando Cristóbal Colón llegó a las costas del Nuevo Continente con tres carabelas en cuyo velamen figuraba la cruz roja de la Orden del Temple, como si fuera un tipo de contraseña secreta.

I

París, Palacio de El Temple. 18 de marzo de 1314

El viejo anciano de 81 años, cubierto con un harapo originalmente albo y ahora de color indeciso por sus propias heces y la sangre de sus horribles heridas, estaba enterrado en vida. En aquellas profundidades, debajo del húmedo subsuelo de París, traspasado como una purulencia por el pútrido légamo que destila el Sena, no entraba nunca la luz diurna ni el bullicio de un pueblo cada vez más miserable y empobrecido por los impuestos de un rey guerrero y ambicioso.

Sin embargo, el viejo maestre del Temple, echado sobre las losas de la honda celda eternamente mojada por el rezumar, creyó escuchar algo. Aguzó su oído tumefacto por los golpes y trató de poner atención. Para ello tuvo que apartar antes del interior de su cabeza el fragor de los recuerdos que le asaltaba de antiguas batallas en los tórridos secarrales de Tierra Santa; el galopar de miles de caballos espoleados con fe ardiente contra las lanzas sarracenas, el crujir de las cotas de malla, el choque metálico de los escudos y las enormes espadas de guerra templarias…, el griterío atroz de las gargantas que se enardecen de valor o se desangran de dolor ante una horrible herida por donde se descuelgan las entrañas humeantes…

Intentó también no percibir los lejanos ecos de cripta, el esporádico aullido de los torturados y el quejido constante de los moribundos que regurgitaban sin parar aquellas profundas celdas excavadas debajo de la fortaleza para ocultar de lo que es capaz el alma humana con sus semejantes.

Y sí. Si no estaba siendo presa de una alucinación sonora causada por el lacerante dolor de las torturas a las que le habían sometido hacía unos días (incluso le habían crucificado ficticiamente para burlarse de su fe, en medio de una obscena parodia de la Pasión), y de la fiebre que le consumía, el viejo creyó escuchar con una prístina nitidez el sonido de una campana. Pensó que seguramente se trataba de los campanarios de Sainte-Croix y Saint-Médard, cercanos a la Fortaleza. Algún curioso efecto natural de aquellos sólidos muros hacía que el tañer llegara atravesando la inmensa mole de El Temple hasta ese rincón de piedra, volando desde el exterior y atravesando las rendijas de las paredes como una visita sonora del mundo de los vivos al hades de los muertos.

El viejo se volvió en la oscuridad hacia su compañero de celda susurrándole:

--Godofredo, ¿escucháis eso?

Godofredo de Charnnay, preceptor de la Orden del Temple en Normandía, parecía muerto, tendido laxo, como un sucio guiñapo sobre las losas babosas y llenas de musgo de la celda. Como el propio gran maestre Jacques de Molay, el preceptor llevaba ya siete años encarcelado, aunque aquella era la primera vez que los encerraban juntos en la misma celda.

--Godofredo, ¿no oís?, son campanas.

De Molay y De Charnnay habían sido recluidos juntos aquella misma mañana, tras haber salido al exterior por primera vez en siete años, para escuchar la sentencia acusatoria como máximos responsables de la Oren del Temple. El arzobispo de Sens, en nombre de Su Santidad Clemente V, les condenaba a cadena perpetua.

--¿Qué ordenáis mi señor maestre? --gruñó con un suspiro de dolor el preceptor, incorporándose un tanto.

--Escuchad, Godofredo, suenan campanas…

--Yo no oigo nada, mi maestre.

--No me llaméis maestre, mi querido De Charnnay, la Orden fue abolida hace dos años, y yo ya no soy maestre de nada.

--No digáis eso, mi señor, ¿cómo va a desaparecer de la noche a la mañana la gran Orden del Temple?

--Precisamente. Hemos sido víctimas de nuestra propia grandeza…

--¡No, hemos sido traicionados por el rey, y lo que es peor, por la Iglesia; ese Papa hereje Clemente es el Anticristo en persona! --gritó con las pocas fuerzas que le quedaban el preceptor, y después casi se ahoga en un acceso de tos escupiendo miasmas sanguinolentas.

--No os esforcéis De Charnney. ¿Cómo os encontráis mi buen camarada?, hacía tanto tiempo que no os veía…, os creía muerto.

--No es tan fácil acabar conmigo.

--Lo sé, valiente amigo, lo sé.

Godofredo de Charnnay recordó cómo había sido detenido el 15 de septiembre de 1307, cuando tenía 56 años. El 21 de ese mismo mes fue interrogado por la Santa Inquisición. Pero nada dijo sobre lo que le preguntaban. Desde entonces había estado prisionero en aquella fortaleza.

--¿Qué hora será? --preguntó el preceptor.

--Debe estar mediando la tarde, pero aquí abajo, con esta oscuridad total pronto se pierde la noción del tiempo.

--Es verdad…, el tiempo… --susurró De Charnnay.

De repente escucharon el ruido. Alguien estaba descorriendo desde el exterior el pesado y oxidado cerrojo del enorme portón de la celda.

La puerta pareció abrirse, a juzgar por el chirrido de goznes y la ráfaga de aire fétido que de pronto recorrió los rincones y techos invisibles por la negrura, igual que un alma vagando por su cripta mortuoria.

--¿Quién anda ahí? --preguntó valiente De Molay, imprimiendo en su reseca voz todo el hálito de su antigua autoridad de otros tiempos, cuando con un gesto mandaba a miles de soldados contra la misma muerte.

--No os inquietéis, gran maestre, soy amigo –contestó a media voz un hombre desde el invisible quicio de la